



BIBLIOTECATIMS

La Princesa que a naba al amor



Núm. 10

Italia Almirante Manzini

50 cènts.

FILMS DE AMOR
— DE —
BIBLIOTECA FILMS

Redacción y Administración:

CALABRIA 96

Teléfono 173 H

Imprenta: Villarreal, 12 y 14

Año 11

BARCELONA

Núm. 16

50 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

La Princesa que amaba al amor

Poema fantástico-burlesco de

SEM BENELLI

Los versos que aparecen en esta novela están tomados, en parte, de la adaptación literaria de la película, escrita toda en preciosas estrofas castellanas por el eximio poeta.

Antonio Graciani

Exclusiva: **Repertorio M. de Miguel**

«La Aristocracia del Film»

Consejo de Ciento, 212 - Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La Princesa que amaba al amor

PERSONAJES

INTERPRETES

La Princesa Violante	Italia Almirante Manzini
El Conde Giano	Alberto Colla
El Bufón	Antônio Bettrone
Floridor	Oreste Bilencio

*Es un cuento romántico, sencillo,
—de esos para escuchados en el hogar risaño,
de labios de la abuela al amor de la tumba—
que nos deja la vaga incertidumbre
la imprecisión de un sueño.*

AMORIO GRACIANI

I

Érase en la Edad Media y en un castillo feudal.

Poco importa el país, siendo historia de amor puede servir de escenario cualquier lugar.

Vivía en el castillo una esbelta princesa por nombre Violante, tan bella y tan graciosa, que era la admiración de todos los donceles y caballeros de muchas leguas a la redonda y la envidia de todas las mujeres. La fama de su belleza había traspasado las fronteras del feudo, y gran número de caballeros principales pretendían su mano.

Un arrogante señor de hórca y enchillo, el conde Giano, tan valeroso como noble, según

rezaban los cuarteles de su escudo, asediaba a la altiva y esquivia princesa, requiriéndola de amores.

No hubo día que el apuesto conde no fuese al castillo do moraba su dulce tormento, la mujer de sus pensamientos y anhelos; pero de nada servían su valor ni sus blasones: la princesa Violante sólo amaba al amor.

Mujer ideal y romántica, no hacía caso del hombre, ni de la forma externa; su idealidad, volando con las alas de su fantasía, le hacían concebir el amor como el *summum* de la verdad, de la belleza y de la bondad: amaba al amor por el amor.

Así se comprende que las constantes insinuaciones del conde Giano resbalaban sobre su alma como el agua sobre la peña berroqueña.

La princesa Violante se halla en el frondoso jardín del castillo, gozando de la fragancia de las flores y de los variantes de sus colores.

El conde Giano se avanza hasta ella y reverente la saluda; ella corresponde al saludo con una sonrisa.

—Esa sonrisa, princesa, es alegre como un rayo de sol, más que aura de primavera, más que el cambiant de las flores. Esa sonrisa lleva a mi alma la esperanza de un amor anhelado. Y así como los primeros rayos de un sol de mayo abre la corola de las flores y fecunda la naturaleza, así esa sonrisa vuestra abre mi alma a la esperanza y fecunda mi espíritu en santa alegría: la alegría de un amor deseado.

—Bien habláis, conde Giano; pero debéis saber que no es lo mismo vencer veinte lides guerreras que conquistar un amor de mujer.

—¿Cuándo, Violante, oíré de vuestros labios

una palabra de esperanza que apague las ansias de mi corazón, cuándo?

—No siempre la pasión que se manifiesta con palabras es la más noble: la pasión que se calla es la mayor.

—Princesa, sabed que mis labios se mueven a impulsos de mi corazón. ¿No lo veis en mis ojos?... Violante, os amo; pero con tal vehemencia que estoy dispuesto, para probaros mi amor, a soportar la prueba que vos determinéis.

—Si me amáis, conde Giano, dejadme en paz y no me importunéis más con vuestras querellas.

—Imposible, princesa, mi corazón rebosa de amor por vos y no puedo guardar en sus arcanos este anhelo que me impide vivir sin vuestro cariño.

—Ja, ja, ja.

—Princesa, ¿os negáis de mis anhelos?

—No creo en el amor.

—Eso es una blasfemia. El amor es lo más grande y noble que en el mundo existe, el amor es.

—¿Quién sabrá, conde Giano, lo que es el amor?... Casi todos confundimos este noble anhelo de nuestra alma con otro más innoble que es la pasión desenfrenada, el deseo de satisfacer los bajos y animales instintos. Amor es luz divina, amor es la verdad, es la bondad, es la belleza...

—Y como vos, princesa, renéis en vuestra gentil persona los atributos de esta trilogía, base de toda estética, habéis despertado en mi alma ese sentimiento, esa luz divina que se llama amor.

El conde Giano tomó entre sus manos la escultura de Violante y hacia sí la atraía con vehementemente deseo; mas ella, esquivando, le rechazaba.

Soberbio en su derrota, el noble conde, no abandona su presa y, en sentidos coloquios,



VIOLANTE

(Italla Ammirante Mancini)

lucha en vano, por obtener una promesa de la indómita castellana.

Queriendo lograr por la fuerza lo que la persuasión no puede, el conde Giano se esfuerza por abrazarla; pero Violante le rechaza y en-

tonces el noble caballero, violentamente, la arroja sobre un macizo de clemátides.

Y el conde Giano, ardiendo en fuego insano, se retira, mientras su dulce tormento lanza una carejada burlona que le hiela el alma.

II

Todo es alborozo en los patios del feudal castillo.

Los caballeros disponen las monturas que aprestan y enjaezan; los monteros desatan las jaurías que se reúnen en el patio de honor; las damas e infanzones esperan en el inmenso zaguán al conde y a su hija Violante; los feudatarios, en tropel, aguardan frente al castillo para ver pasar la brillante comitiva; trompas y alifanes anuncian la cacería.

Y mientras el pueblo en masa agolpado en dos compactas filas que los mesnaderos, empujando sendas albardas, impiden se desmande, aparece en la plaza de armas del castillo un ser extraño, caballero en misero rocín, seguido de una chusma de chiquillos que le vociferan y le insultan: es el bufón grotesco y de tan ruin caladura que es blanco de las burlas de la gente. El llamado bufón corresponde a las chanzas de la chusma burlándose de ella.

Una carejada general recibe al grupo formado por el ridículo jirte y sus seguidores. A este regocijante saludo corresponde el bufón con saludos y coctores ones que aumentan aún más la hilaridad. Luego se apodó de su escuálido rocío y cogiéndolo por las patas delanteras

lo levantó en alto, de modo que sosteniéndose sobre sus dos traseras, saludara a la concurrencia; y decía el bufón en alta voz:

—Saluda, compañero, y no te amedrente esta amable concurrencia, que todos amigos son de ambos y a ambos nos admiran.

Las damas, que esperando estaban en la puerta del castillo a la comitiva, rodearon al festivo hazmerreir de la gente, y una de ellas le preguntó:

—Mago de mil diversiones, ¿por qué no eres sorohado como todos los bufones?

—Ya lo fui... Pero llevo la cerviz levantada para que nunca crean que me humillo ante nadie ni ante nada.

—¿Sabes que eres gracioso— le dijo otra—

y, para ser bufón, altivo y orgulloso?

—¡Fíjense las mujeres en lo chocante!

Yo, por librarme de ellas, aunque sea contrahecho, me he tornado arrogante.

Las damas tuvieron que dejar al bufón que tanto las regocijaba: en aquel momento el conde con un acompañamiento brillante de infanzones, y su hija Violante, seguida de hermosas damas, salían del castillo y todos montaron en los corceles dispuestos al efecto para la cacería.

¡Qué hermosa estaba la Princesa!

Cubría su cabeza con un hermoso y desco-

mual sombrero de fieltro echado hacia atrás, con el ala delantera recogida y prendida a la copa con un alfiler de oro: sombrero llamado en aquella época, de peregrino, por ser de la misma forma de los que éstos usaban.

Vestía un traje de amazona, tan descotado, que dejaba al descubierto hasta el nacimiento del pecho.

¡Qué hermosa estaba!

El bufón piruetó ante los nobles personajes hasta que desaparecieron.

Muy cerca de la puerta del castillo hallábase el conde Giano. Su triste mirada siguió a la princesa Violante hasta que la perdió de vista.

Ensimismado estaba Giano, pensando en aquella mujer singular, cuando el ladino bufón se le acercó y colocándose a su espalda, más bien que a su oído, deslizó estas palabras a su corazón:

—¿No queréis olvidar?

¿No os queréis divertir?...

¡Seré vuestro juglar

y vuestro hazmerreír!

El conde volvió la cabeza y al reconocer al bufón, contestóle con esta cuartilla:

—Si el amor es esquivo,
la risa es un dolor...

¿Cómo podré reír si sólo vivo
sufriendo por su amor?

—No merece la pena ese tormento
por ninguna mujer.

¡Os llevaré a liber dichas sin cuento
en la divina copa del placer!

Quiso el noble prócer despreciar, con el silencio, las últimas palabras del juglar; mas éste, haciendo una contorsión ridícula, de un salto se le plantó delante y, guiñándole el ojo con malicioso intento, le preguntó:

—¿No queréis olvidar?

¿No os queréis divertir?

—Vete al cuerno, bufón, no me amargues la vida.

—Prefero, buen conde, quedarme a vuestro servicio.

Esta salida hizo sonreír al conde Giano, quien le tomó a su servicio, como era el deseo del juglar.

Este, contorsionándose y brincando alegremente, fué a buscar su cabalgadura, gritando:

—¡Un amo que me paga
acabo de encontrar!

¡Ya tengo quien me sirva!

¡Ya tengo a quien mandar!

III

Cansado el conde Giano de la indiferencia de Violante, se decide a entrevistarse con el padre de aquélla para contarle su dolor y desespero y solicitar consejo del noble anciano.

Recíbele éste con gran amabilidad y le anima a ser constante en su querella.

—Violante es buena, conde Giano, pero es esquivo con los hombres, siempre lo fué, y tiene de ellos y del amor una falsa idea. No

creo que haya partido que mejor le convenga que vos. Yo hablaré con ella y veré de convencerla.

—Gracias, buen conde. Mi idea es hacer la felicidad de vuestra hija y... la mía, poseyéndola.

—Dejadlo de mi cuenta.

Momentos después el anciano señor feudal hablaba con su hija, a la que reconvino por su indiferencia con Giano.

—Supongo, padre mío, que no querréis imponerme un esposo por la fuerza.

—No, hija mía; pero es forzoso que antes de que mañana el sol tramonte el cerro que hacia el Oeste desde aquí se divisa, elijas al hombre que ha de ser tu esposo.

—Veinticuatro horas me dáis... ¡Menguado es el plazo!

—Más no ha menester quien, como tú, tiene tantos y tan excelentes partidos.

—Enteros los quisiera, mi buen padre y señor... Mas ya que mi ideal en busca del amor verdadero no puede colmarse, aceptaré como compañero a quien me ofrezca más garantías de libertad para ir en busca del amor de mis amores.

En aquel momento, se perciben los sonidos estridentes de los alifanes de los heraldos, quienes, desde los altos minaretes anunciaban a un nuevo personaje que, con brillantísima escolta y soberbio equipaje se acerca al castillo.

Este personaje cabalgaba en brioso alazán o iba acompañado de nobles guerreros y seguido de más de doscientos mulos cargados con cujas y fardos, conducidos por las riendas por fieles criados.

El anciano conde, al oír las estridencias de

los alifanes, se asomó al ojival ventanal y vió en el patio de honor aquella abigarrada multitud de mesnaderos, criados, caballeros y monjes.



GIANO

Alberto Colla

Un paje penetra en el salón y avisa al conde, después de inclinarse ante él:

—Señor, un noble caballero pide hablaros.

—De noble estirpe será a juzgar por su séquito... Hacedle entrar... Retírate, Violante.

Un momento después, un personaje tan extraño como ridículo penetra en el salón.

Es menguado de talla y tan exageradamente obeso, que no hay palabras para ponderar su gordura; su abultado vientre impedíale caminar con holgura, su papera y sus mejillas de tal modo redondeaban su cabeza que la luna parecía.

Vestía con abigarrado lujo o iba muy adornado con cadenas y colgantes de gran valor. Calzaba unas botas de montar con inmensos orejones y espuelas de oro. Su justillo era de vellón con áureos encajes; su capa de púrpura con pliegues de dorados galones; sus abollados calzones del más rico paño de Damasco.

Una sonrisa pronunciadísima se dibujaba en sus labios cuando ante el conde se presentó. Con voz atemorida, que contrastaba con lo recio de su humanidad, habló:

—Por Violante, señor,
he venido expreso:
soy rico como Creso,
me llamo Floridor.

A la vista de tan raro ejemplar de la especie humana, por su manera de andar y de decir y, sobre todo, por su extraña figura, el anciano feudal creó que se halla ante un loco de atar o un bromista inocente. El conde sonrió y se apresuró a contestar en el mismo tono con que se presentara el obeso recién llegado:

—El amor con que sueña
Violante, caballero,

me figuro que no es de esa abundancia de abdomen ni dinero.

—Uno no puede elegir
la forma que ha de tener;
mas tampoco una mujer
puede en la vida decir:
«de esta agua no he de beber».

Cuando el padre de Violante anunció a ésta el objeto de la llegada del regocijante personaje, ésta se hallaba en compañía del enamorado conde Giano, quien se hallaba convencido a la linda condesita. Esta manifestó alegremente:

—Quiero ver a mi nuevo pretendiente
De pedrería y oro
lo imagino un montón.
¿Será acaso un tesoro
también su corazón?

Giano le dijo con sorna:

—¡Seréis capaz de amarle!
—¿Amarle?... ¡Qué locura!
Pero tampoco a vos;
y si he de obedecer, a fe de hija,
no se opondrá mi padre a que yo elija
entre los dos.

Abrigando la esperanza de ganar en la contienda, el conde Giano responde a Violante:

—Acepto de buen grado,
y os prometo acatar humildemente
el fallo pronunciado.

El conde convocó en el gran salón de recepciones a todos los nobles caballeros y damas de su casa. Violante se sentó bajo el dosel del trono. Estaba radiante de belleza. Su arioso padre tomó asiento al pie del trono.

Floridor penetró en el salón, acompañado de varios caballeros de su séquito. Al ver la pristine belleza de su pretendida, pugnaba en vano por doblar el espinezo.

Violante, al ver aquella bola de carne, no pudo menos de echar una carcajada a la que Floridor correspondió con otra no menos sonora.

Cuando el conde Giano divisa a su contrincante, se le alcanza que en esta extraña competencia ha de salir vencedor.

Y díjole la princesa:

—Mi padre me acaba de explicar el motivo de vuestra venida al castillo.

—Entonces excuso repetiros, hermosa Violante, lo que a él va dije.

—¿Cómo, sin conocerme, habéis podido...?

—La fama de vuestro nonibre y hermosura, oh dama, llega hasta los confines del mundo. Yo, que soy rico como un rey, pretendo poseeros... Admitid estos presentes que simbolizan mi admiración por tan noble dama.

Hizo una señal el ponzudo Floridor, y una pléyade de sus servidores fueron dejando ante la princesa una infinidad de valiosos presentes. Cuando los servidores hubieron desfilado, la esquiva Violante contestó al estrambótico extranjero:

—Al menos, sois sincero:

¿de modo que no soy sino una joya que se compra o se alquila por dinero?

—Tan sólo aspiró a vos mi vanidad dorada y caprichosa: yo soy bastante rico y vos... ¡ah! hermosa.

—Si vuestro oro y mi ser valen lo mismo, ya pueden compararse la cumbre y el abismo.

—A nada es comparable vuestra sin par figura, mas mi riqueza es tanta que pagarla podría con usura.

—Mi señor Floridor, ya que sois tan galante, referid vuestra vida que ha de ser, como vos, interesante.

Hizo una pausa Floridor, puso sus manos sobre su enorme panza y, después de toser y estirar su gorilla que, por lo visto, le apretaba su enorme cuello de toro, asintió:

—Violante, por vos he venido, ya veis; soy rico como un rey. Me llamo Floridor.

—Contadme vuestra historia.

—Complaceros quiero, hermosa Violante; mi historia es tan linda como emocionante.

Yo era un marino mercante que, piloto en su fragata, perdió el rumbo y vino a dar en una isla encantada. No debo decir su nombre.

ni el sitio donde se emplaza:
para qué no vaya nadie
que pueda desencantarla.
Me cogieron prisionero
y yo dije: «Adiós, mi panza»,
al ver como unos indígenas
enseñaban las dentazas.
Por suerte de mi barriga,
—que, como veis, no es menguada—
fui tan simpático al rey
por mi garbo y por mi gracia,
que me convidó a su mesa
en su mismísimo alcázar,
con sus nobles y guerreros;
pero... no asistían damas.
¡Qué banquete, Dios del cielo!
Figúramos: una sala
más grande que este salón,
tan ricamente adornada,
que las mesas eran de oro,
y los asientos de plata.
La vajilla... ¡qué vajilla!,
también de oro cincelada.
Y las copas y los jarros
y los pocillos y tazas
otros iguales no creo
que en el mundo entero haya.
El rey se sentó en el centro
de la mesa, preparada
con los más ricos manjares,
y a mí, luego el maestresala
cogiéndome por el brazo
y dándome una patada
en un sitio que nombrarlo
no debo ante vos ¡oh, dama!,
me dijo en tono solemne:
«Siéntate, hártate y... calla».

¿Os hace reír, señora,
que me dieran la patada?
No rei yo, ¡vive Dios!
que aún siento aquí (y señala



BUFON

Artal Bertrane

Floridor, donde, al bajar
la espalda, ya no es espalda).
No debéis reír, princesa,
porque en la isla encantada

donde me llevó el destino,
 es costumbre inveterada
 cuando llega un extranjero
 el obsequiarle... a patadas.
 Yo me senté... con dolor
 de mis posaderas y ancas;
 y luego empezó el banquete.
 ¡Qué banquete!... ¡Dios del alma!
 Primero los servidores
 salieron con azafatas
 rebosantes de un manjar
 amarillo como... ¡Ca, ca!
 Yo no digo; aunque me linchen,
 qué me pareció la salsa.
 «¡Pa!», gorrinos—pensé yo—
 y las narices tapaba,
 pues no era sólo el color...
 echaba olor que apesaba.
 Yo pensé que los presentes,
 al ver como olfateaban,
 iban a escapar huyendo
 de aquella sala endiablada.
 Pero ¡ca! era de gusto
 que aquel olor aspiraban,
 porque todos se lamián
 al ver la amarilla salsa.
 ¿Que si yo comí?... ¡Pa! gato!
 ¡Antes moría de gana!
 Pero no se acobó aquí
 aquella bromita pesada.
 Así como existen moscas
 que nos molestan en casa,
 allí entraron a montones
 animales de otra casta.
 Una invasión asquerosa
 de voracisimas ratas
 que paseaban tranquilas

como dueñas por su casa.
 ¡Qué horror! Aquellos roedores,
 en número tan sin tasa,
 subían sobre las mesas,
 por las paredes y hasta
 encima de las personas
 sin parecer molestarlas.
 En un mismo plato juntos
 comían hombres y ratas
 tan sin escrúpulo y asco,
 que bien pronto se notaba
 era aquello natural
 en aquella isla encantada.
 No pude probar bocado;
 mas tuve una idea sabia,
 y le dije al rey: «Señor,
 si me convocas mañana
 te demostraré mi ciencia
 y mi poder». El callaba,
 muy preocupado, quizás,
 de que un avieso roedor
 le hablase una tarada.
 «Convídamme—proseguí—
 a la tu-mesa mañana,
 porque hoy estoy desgastado
 y no puedo probar nada».
 El rey, con la boca llena,
 me contestó: «Esa panza
 llenarás mañana aquí
 si no te estorban... las ratas».
 Dejéronme en libertad
 por la insula maldadada,
 libertad que aproveché
 para acercarme a la playa
 y llegué hasta el bergantín
 en el que yo navegaba.
 Cogí un gatito de Angora,

buen cazador, y una gata,
y los metí dentro un saco
esperando a la mañana
después, en que el soberano
a su mesa me invitaba.
Al llegar el día siguiente,
cuando el convite empezaba,
serviéronnos otra vez
aquella amarilla salsa
que despedía el hedor
que tanto asco me causaba.
Cuando se llenó el salón
de aquellas malditas ratas,
solté los gatos v. . . ¡zas!
Mordisco aquí, allí zarpada,
en un solo «Amén, Jesús»,
fué el salón limpio de ratas.
Al contemplar admirados
de mis gatos las hazañas
todos los allí presentes
de hinojos caen, y gracias
dan a sus dioses, pues libres
se ven ya de aquella plaga
de ratas y de ratones
que tanto les molestaban.
Celebróse en todo el reino
la gatuña y fiera hazaña:
hubo fiestas, hubo justas,
también bailes y cuecañas.
Y el rey, mirando a los gatos
como a dos bestias sagradas,
hizo poner sus efigies
sobre unas columnas altas,
y los isleños y el rey
a adorarlos se acercaban
con idéntico fervor
como en nuestra iglesia santa

el cristiano adora a Dios
y a la Virgen soberana.
El rey me felicitó



*Mar de nada se olvidan
plácemes ni vicio:
la princesa Violante
sólo amaba al Amor.*

y su dicha tan colmada
fué, que dijo entusiasmado:
«Dame esas bestias sagradas

y lo que pidas daré
a cambio de ellas. No es nada
lo que de esto me alegro,
porque en aquella morada
lo que sobraban, yo vi,
eran perlas y esmeraldas,
y brillantes y rubíes
y otras piedras más precadas.
Así, que yo contesté
como el que no pide nada:
«Sólo es poco, rey, a cambio
de esos mis dioses con pulas,
un capacito no más
de brillantes y esmeraldas,
y otro de perlas». «¿Qué más?»
preguntóme el rey con calma.
Y le respondí: «Quizás
otro de piedras variadas
de turquesas y rubíes
que es sobran en esta casa».
Accedió el rey a mis ruegos
se guardó el gato y la gata
y yo me llevé a mi buque
una fortuna de rara
manera adquirida, y fui,
desde aquella feliz data,
más rico que un rey, pues ¿quién,
mi fortuna sobrepasa?

Y así, princesa, es
la historia de mi vida
que pongo a vuestros pies.

Y la princesa contestó, sintiendo al ex-
marino:

—Rei de buena gana
oyéndoos hablar.
Pero, ¿con vos creéis
que me puedo casar?—

Floridor se echó a reír a carcajadas, tamblán-
dole de tal modo la barriga que causa general
hilaridad.

—Y daos prisa, señora,
pues si ahora
vuestra hermosura os basta,
la belleza se gasta por sí sola,
y el dinero se gasta... si se gasta.
—¿Qué respondes a esto, Violante?—

Inquirió el feudal, convencido de antemano
de que su hija no querría maridarse con un
tipo tan raro. Mas ella contestó:

—Padre, una condición
ponerle quiero
a este informe montón
de astucia y de dinero. —

La princesa miró a Floridor con maligna son-
risa e inquirió:

—¿Concéis el cuento
de la oveja blanca,
que halaba sólo
cuando lo ordenaba
la linda pastora?
—Lo conozco, ¡oh dama!,
conozco ese cuento.
—¿Queréis imitarla?

— Seré vuestra oveja,
pastora adorada !
— El pacto queda hecho, Floridor,
seréis mi amo y señor,
aunque oíd una cosa :
sólo compraré esposa,
mas no mujer ni amor.
— Yo, mientras tanto,
mantendré la llama
de mi pasión ardiente
Y al amor verdadero
lo seguiré llamando eternamente.
— No esperéis ese amor,
pero... y si llega,
¿qué papel reserváis
a Floridor ?
— No sé... Podéis pensarlo.
Yo no puedo dar más de lo ofrecido
y en vos está tomarlo
o no tomarlo.
Y el rico pretendiente,
que de ser hombre práctico se ufana,
piensa que hay que vivir en hoy
y no en mañana.
Y contesta, del conde con sorpresa :
— Acepto el pacto,
singular princesa. —
Llisa se pone en pie, mirando a Giano,
y anuncia con tono soberano :
— Por mi libre albedrío
elegí a Floridor
para que sea señor
y esposo mío.

Violante bajó del trono y acercóse a su futuro esposo, quien tomándola por el brazo anun-

ció en alta voz, con mangua de la tranquilidad de nervios del conde Giano :

— He aquí mi prometida,
la princesa Violante ! —



*Sometido en su derrota, el conde Giano
no abandona su presa,
y en sentidas coloquios lucha en vano
por vencer a la indómita princesa.*

Protesta airadamente
el conde enamorado
al sentirse en su orgullo
y en su amor despreciado.

Mas la princesa, al pasar junto al moleestado conde, le dice sonriente:

— Sed justo, conde Giano,
porque la condición
fué acatar en silencio
mi elección.
Y al verse libre, unida a Floridor,
crer la gentil señora
que en alas de su mente soñadora
puede volar en busca del amor.

IV

Los esposos viajaron largo tiempo
sin romper lo pactado:
Floridor satisfecho y obediente,
y ella, al acceho
del amor basado.
El conde Giano, seguido del bafón,
a su castillo fué
a beber en la fuente del olvido;
y se volvió un tirano perverso
sin lograr acallar su corazón.

El conde Giano no hallaba el reposo de su alma amargada por el olvido y desprecio de la singular princesa, que no había querido corresponder a sus amorosos anhelos.

Varios días pasó sin poder conciliar el sueño, pensando en su no logrado amor.

Quiso olvidar a la mujer amada, rodeándose de placeres.

Reunió en su castillo las más hermosas y las

civas mujeres. En fiestas enfusado, vivía en una orgía continua, forjándose la ilusión de que así olvida a la princesa que le había quitado la tranquilidad; pero es vano cuanto intenta para olvidarla.

Y se hundió en los placeres voluptuosos en una continua fiesta orgiástica.

La vida depravada del castillo trasciende al exterior—que nunca supieron los servidores de un magnate guardar secreto sobre sus intimidades.

Los vasallos se enteran de las inobles vilas de su amo y señor, a quien, hasta entonces, han respetado y honrado y obedecido. Y todo son murmuraciones y cabildos entre los buenos feudatarios, en cuyo espíritu fermenta la indignación y la ira.

Y tanto el conde la medida colma de sus monstruosidades, que al fin la indignación de los espíritus individuales se hace general y prende como reguero de pólvora en todos los corazones.

— ¡Hay que vengar la moralidad ultrajada! — dicen unos.

— ¡Hay que asaltar el castillo! — proponen otros.

Y todos, sublevados, completan un día tras otro. Al fin, la furia popular estalla en una potente manifestación.

Un día, el pueblo todo se dirige a la morada de su señor feudal en actitud levántica.

Unos empuñan hoces, otros azadones, palas y otros aperos de labranza; los más van armados con sendos garrotes.

Al llegar cabe los muros del castillo, empezaron a dar gritos desaforados.

El primero que notó
esta actitud desmandada
de las turbas, fué el bufón,
quien, temiendo que asaltarán
el castillo, aviso dió
a Giano: —¡ Señor, nos valga
San Bruno y también San Blas!
¡Qué multitud, Dios nos valga!
—¿Qué quieren, por Barrabás?
preguntó el conde con rabia,
sus feudos al contemplar
desde elevada ventana.
—Quieren mataros señor—
respondió el juglar—. Y tanta
rabia os tienta, mi señor,
que si no hui— ¡Virgente santa!
—¡bóndigas hacen hoy
del conde Giano.

—No espanta
al conde Giano esta gente
cuando tiene aquí suemadas.
Mis lanzas van a acabar
con rebuznos y amenazas.
Y tú, bufón de Satán,
que tanto pavor te causan
los gruñidos de estos siervos,
cacrás en mi desgracia...
—¡ Señor!

—¡ Poltrón, haragán,
vete lejos... mala casta!
—Yo, señor...

—¡ Calla, si no...!
—Pero si no digo nada.
El conde Giano calló;
el bufón, orejas gachas,
de su presencia marchó...
Y la multitud gritaba:

—Que muera el conde, que muera
ese gocho de dos patas!—
Rufurecido, el conde
a sus mesnaderos manda



*La princesa Violante va de caza
con el gran esplendor
que contempla curiosa
la gente en redor.*

ir contra la multitud
armados todos con lanzas.
Se armó la de San Quintín;
aquello fué una batalla,
¡y qué batalla, gran Dios!

Todos inclinan con rabia;
mas quedaron vencedoras
del conde las sus mesnadas.
Algunas horas después,
cuando ya el sol se ocultaba
tras las montañas, quedó
libre de toda amenza
el castillo feudal,
que quedó ya siempre en calma.
Después de sofocar la rebelión,
cae en desgracia del conde
el valido bufón.

El conde Giano hizo encerrar en una obscura mazmorra al infeliz bufón, cuya falta sólo consistía en haber prevenido al conde del peligro que corría su persona.

Allí, sin penas, sin compasión: hambre, sed, azotes, todo cuanto la crueldad inventó para hacer sufrir a un humano.

De tal modo se llegó a martirizar al desventurado bufón, que le ponían en el patio, cerca del ventanillo abartotado que daba a ras de tierra, pedazos de pan y vasijas llenas de agua; pero de modo que no estuviesen al alcance de su mano. Haciéndole sufrir hambre y sed: así su martirio era mayor a la vista constante del agua y del pan.

¡Qué tormento tan terrible este de Tántalo!

Así vengaba el conde su despecho sobre el desventurado e inocente jugador.

Un día, los heraldos del conde Giano hicieron oír las trompetas, anuncio de que se acercaba al castillo una comitiva, digna de un soberano.

—¡Señor—anuncia un paje al conde—, dos

personas principales están pidiendo ser admitidas en el castillo!

—¿Dónde están?

—Esperan que se les abra el levadizo puente.

—Que se les permita la entrada y que mis mesnaderos se formen prestamente en el patio de honor.

Cumplióse como el conde le ordenara. Entró la comitiva.

¡Qué sorpresa, Dios santo!... ¡Los que a las puertas de su mansión llegaban eran Floridor y Violante!

A través de su viaje,
Violante y Floridor llegan al tando
para rendir al conde
amistad y homenaje.
Y, en honor de Violante,
aquella misma noche
hace el conde un detroche
de lujo, en una fiesta deslumbrante.

Durante la misma, procura Giano avistarse a solas con la anada de su corazón, con la sin par Violante.

Aun espera el conde llegar a alcanzar su amor, por eso busca con placer su compañía.

—¿No estáis cansada, princesa—inquiere Giano—, de tanta gordura?

Floridor cumple hasta ahora su promesa: procura no écharla.

—¡Qué facha cuando ambos juntos os halláis!

—¿En eso os fijáis, conde?... ¡Qué menguado sois!

—¡Buena cruz os lleváis, Violante, con tal compañía!

—Florido es mi luz,
su oro me guía...
Pero no he descubierto en mi camino
el amor que yo espero todavía.
—¡Me miráis con desdén,
aún sois la misma!
—¡No sois el mismo vos?
¡Cómo queréis entonces
que yo os mire,
cuando nada ha cambiado entre los dos?

En esta conversación se hallaban Giano y Violante muy cerca del encierro donde estaba encerrado el desdichado bufón.

La princesa oyó un triste lamento y prestó oído.

Una voz quejumbrosa se lamentaba téticamente:

—¡Tengo hambre, tengo sed!

—¿Quién así gime, conde?

—Aquí lo ved—y Giano señaló la reja situada a ras de tierra.

La princesa reconoció al bufón y exclamó:

—¡Pobre bufón! ¡Su situación me conmueve!

—¡Tengo hambre, tengo sed!—volvió a repetir el encarcelado.

Pero Giano se inclinó hacia la reja y le insultó:

—¡Ah, perro!... ¡No hay clemencia!

¡Yo te pedía apagar
mi sed en el olvido,
y tú me envenenaste la existencia!

Violante se acercó también a la reja y, al ser

reconocida por el preso, éste le pronunció estas discretas palabras:

—Pero está la gacela?
¿Ha venido?... ¿Llegó?



—Hija mía, es forzoso:
el plazo que te di ya ha terminado;
matanza misma
has de elegir esposa.

Pues estés, amo mío,
tú más preso que yo—
Y endulzando su voz desfallecida,
el discreto bufón
cantó con voz meliflua esta canción:

—Por tu amor, quiero vivir;
por tu amor, he de matar.

—por tu amor, voy a morir.—

Violante preguntó con emoción:

—¿Os herís del amor?

Y contestó el bufón:

—¡Guardaos, señora,
no clave en vuestro pecho
su dardo vengador!

Volvióle el conde a interrogar,

y el bufón contestó con un cantar:

—Dime, temido bufón:

¿qué es lo que piensas de mí?

—Ser el juguete sin niño,

ser la sortija sin mazo,

soy el amor sin casido.

—¿Eso soy?

—Eso sois.

La princesa ante amaba el amor, al oír estas palabras, se echó a reír y fuése al lado de su esposo Floridor que se hallaba aún en el comedor, donde había tenido lugar el banquete.

El conde quedó solo con el preso, cuyo espíritu admiraba, y al ver que el juglar solicitaba su piedad, le dijo prometiéndole sacarle de allí:

—Te sacaré de ahí, mas si en dos días
con tu fina destreza,

no me consigues el amor que anido,
entregaré al verdugo tu cabeza.

—¡Aceptado, señor, lo acepto todo!

—¿Cómo queréis yo pueda de este modo
el ingenio aguzar?... Yo no podría
con la tripa pegada al espinazo,

No me matéis de hambre,
matadme de un trancazo.

Saldrás de aquí con esa condición.

Y yo acepto convencido de que obtendré
a vos a la mujer más linda que jamás haya
ado el sol.

—Si tal haces, una recompensa mayor ten-
drá, si cabe, que la que ahora te concedo con
libertad.

Gracias, señor... Os serviré siempre hu-
damente.

Pocos momentos después las puertas del en-
terro, donde altrojado estaba el discreto bu-
fón, se abrieron de par en par.

El juglar oyó ruido de platos. En aquel mo-
mento se terminaba el gran banquete con el
al Giano obsequiaba a sus huéspedes.
Dirigióse el bufón al comedor y observó des-
de la puerta.

El panzado Floridor comía con apetito voraz
na pierna de carnero, mientras, con la boca
ana, daba muestras de gran locuacidad... ¡Po-
der del vino!

Violante se acercó a su marido y lo miraba
aria si diciéndole:

—¡Floridor, Floridor,
alza tu vista al cielo...

y mira, esposo mío,

qué clara luna llena

rompe las sombras del azul vacío!

—¿Y qué, esposa amable?

—Su faz imperturbable

boudo mutismo sella:

has de ser razonable.

y aprender a callar lo mismo que ella.

Floridor comprendió la lección y cerró la boca que abrió encantado, oyendo la sentencia de Violante.

En aquel momento, el bufón, saltando alegremente, se enfrenta con el craso Floridor y le pregunta con gracia:

—¿Ves un hombre
o un acrolito?

—¿O un producto creado
para excitar más mi apetito?

—¡Qué hambre tienes, caray!

Bien se me alcanza
que muy cerca de ti
peligrará mi panza.

—Te conozco, señor,
eres el archigato cazador.

En aquel momento se presentó el conde Glauco y el locuaz y discreto bufón fué hacia él:

—Amo y señor querido,
me desconcierta el hambre,
estoy desfallecido.
Hasta antecófago me siento.
Decid, ¿con qué inválido
tenéis algún resentimiento?

El conde contestó al hambriento juglar:

—Aún quiero verte padecer:
mientras no llegas a llorar a Floridor
tú no podrás comer.—
Y el bufón tiene prisa
por arrancar el llanto a Floridor,
que es un saco de risa.

El juglar por piedad pide al marido de Violante que se retire en risa descompuesta:



La claridad del ala,
radiante de esplendor,
alinea pronto el sueño
de la noche anterior.

—¡Llorad, por compasión,
para que coma un pobre hambriento!

Floridor ríe más fuerte, si cabe, y el bufón aún insiste, poniendo cara de lástima:

—¡Una lágrima solo!...

Y Floridor, riendo a mandíbula batiente, le contesta:

—¡Oh, bufón peregrino!

¿Cómo llorar sin pena?

Tráete de la cocina un cebollino

y me verás llorar

como una Magdalena!

No podía comer el bufón si no lloraba Floridor y quiso que llorara; para obtener aquellas lágrimas el juglar tomó una actitud severa, majestática, y como quien profetiza, exclamó:

—¡Queréis mayor querrela

que saber que no alumbra

ya vuestra buena estrella?

¿No lloras? ¡Pues yo debo

comer, ser repugnante!

¡Cordero barril de sebo!

Tomó el bufón una copa llena de vino, miró al fondo de ella y como adivinando, vaticinó:

—Mira este vino,

que dibuja en el fondo de la copa

tu mísero destino...

—¡Dices tú por si acaso un adivino?

—Escucha, por favor,

lo que dice este vino a Floridor:

«Busca al obeso y cómico marino

Floridor,

que me vendió el felino
cazador!

¡El, que está devorando
nuestros bienes mejores,
como antaño le hacían
la plaga de roedores!

¡Que muera, sí, es de ley!

¡Que muera Floridor,
el archigato rey!»

Al oír estas palabras, Floridor se echó a llorar a lágrima viva. Y apenas sorprende a éste las pupilas húmedas de emoción, el juglar se arroja sobre una fuente, contentiendo un pollo asado y en él echa sus ansias de hambriento.

Y mientras da buena cuenta del asado, con la boca llena va diciendo:

—No llores, más

esposo de Violante,

tú no tienes más ley

que tu soberbia panza de elefante.

El conde, su amo, vino a interrumpir su trabajo. Cogióle por el brazo y le advirtió:

Piensa que el tiempo pasa

con presteza,

y que tienes en vilo la cabeza.—

Y el astuto bufón su ingenio aviva,
pues la cabeza es cosa tan preciosa
que no debe dejarse abandonada
a la merced de una princesa esquiva.

V

Son las horas misteriosas de la noche, de una noche estrellada y clara. La luna refleja sobre la tierra una luz pálida, propicia para envolver con su manto de plata a los enamorados: es noche abrilena, noche de amor, De-
ma de encantos.

El amor veía; y a su alrededor se fraguan intrigas alevosas.

Es la noche que el bufón elige para lograr el galardón de conservar en su sitio la cabeza.

El grueso Floridor, que afirma conocer a fondo la ciencia del vivir, apenas termina de cenar, cree que lo lógico es dormir. Y, sin preocuparse de su esposa, de quien—en aquella hora—suele hacer caso omiso, se va a acostar.

El bufón ha contratado a un puñado de músicos, tañedores de laúdes, que se apostaron bajo la ventana del dormitorio de la Princesa, y a la hora misteriosa de media noche, mientras Violante se despojaba de sus vestiduras para acostarse, una música celestial hirió dulcemente su oído. Cubrióse con un manto y salió a un terradillo florido, para oír la meliflua trova que en su loa se cantaba. Una voz atemorada, acompañada por el dulce tañer de los laúdes, cantó con gran sentimiento:

Como espejo tus ojos
yo quisiera tener,
y por fuente tus labios
para saciar mi sed.

El bufón se había acercado a la escalinata que al terradillo conducía. Violante le vió y, al terminar la trova, descendió hasta él y le preguntó con dulce acento, mientras los laúdes continuaban haciendo oír la suave melodía:



—¿Quién eres? No recuerdo.
—Ah, sí... Diviértome, bufón.

—Pero... ¿eres tú, bufón?

—¿Cómo sabes cantar
esa linda canción?

—Yo de todo en la vida me reía,
pero el amor hay que tomarlo en serio

y rendirle de hinojos pleitesía!
 —Oye, dulce cantor:
 ¿Tú sabes explicar
 qué cosa es el Amor?
 —¡Oid entre la fronda
 ese leve rumor
 del aire que modula
 un cántico de amor!
 Y, mejor que mis frases,
 esa música oíd!
 ¡Es el Amor que os llama!
 ¿Qué esperáis?... ¡Acudid!
 —No comprendo, bufón...
 —Una pasión abasadora
 pone en mis labios tal amor...
 Os habla el conde, mi señora,
 yo sólo soy su embaajador.

Mientras el bufón hablaba del Amor, de la
 abundancia de su corazón, Violante escuchaba
 enbelesada, trémula de emoción; pero cuando
 oyó ésta el nombre del conde, que nunca le
 había sabido dirigir una frase encendida como
 las del bufón, hizo un molín de disgusto.
 Comprendió el juglar que perdía la partida y
 echó mano del sarcasmo y la ironía.

—Si estás enamorada
 de ese panzudo bicho
 que tenéis por esposo
 nada he dicho...
 —El reptil eres tú,
 e intentas fascinarme...
 —Vos no me conocéis,
 ¡Estad alerta!
 ¡Soy el genio del Mal
 que aturde y desconcierta!

—¡Cuán vil y cuán pequeño
 me pareces, al verte suplicando



—Lo dudo, y no te asombra:
 como bufón acaso me vendieras;
 pero como hombre, no...
 Y ya te he hecho hombre.

porque juegas la vida en el empeño!
 —¡No tengo otra esperanza
 que la muerte!
 —Escúchame, bufón:
 ¿Y si hablaste por ti...
 tu corazón?
 —Avida de belleza,

hasta el pie del rosál
se arrastra la maleza...
¡Oh, mujer misteriosa!
¿Cómo escalar vuestra encumbrada alteza?
¡Si yo soy la maleza
y vos la rosa!
—Habla más, trovador...
¡Qué tus frases desgranen en mi oído
un poema de amor
dulce y desconocido!
—El Caballero Amor!... Llegar la veo,
galopando jinete en la impaciencia,
por el jardín en llamas del Deseo.

Violante se acerca al bufón, sus manos apri-
sima entre las auyas y, cerrando los ojos, re-
cibe en su alma el raudal de poesía que, como
cascada de pétalos de rosas cuen en su alma
por el vehículo del oído: Ya no es el comiso-
nado del conde, es el corazón inflamado en
amor del juglar: es el Amor. Y la princesa
que amaba al Amor, hacia él se acerca y am-
bos se atraen, y quedan unidas sus bocas, sor-
biéndose el alma en un prolongado beso.

Y entretanto, la noctámbula huerte del laúd
y del zabel, que paga el conde Giano, ya no
oficia para éste. Y entre los músicos, canta
uno:

—¡Perfume, estrella, flor,
hada del mágico jardín:
abre las puertas al Amor!

Violante y el juglar ya no hablan. Entrele-
zados, ascienden las escalinatas y penetran en
la habitación de la princesa.

Cuando la aurora iluminó con sus primeros
fulgores los viejos torreones, y los canoros pa-
jarillos saludaban el día, en el jardín dormita-
ban los músicos que dieran serenata a Violan-
te. Un céfiro suave murmuraba entre los ro-
sales silvestres que trepaban por sobre la ven-
tana del dormitorio de la princesa. Y el céfiro
movió las rosas lozanas la víspera, y una llu-
via de pétalos alombró el ternalillo, ante la
puerta donde, aquella noche, triunfara el
Amor.

Los primeros rayos del sol despiertan a Flo-
rider. El tranquilo esposo no ha podido dormir
en toda la noche, a causa de la, para él, oño-
sa serenata.

Dirigese al dormitorio de su esposa, creyén-
dola levantada; pero Violante, rendida, está
aún acostada.

Al conde Giano le falta tiempo para pre-
guntar al bufón el resultado de su artimaña pa-
ra rendirle a la princesa, y él contesta, con do-
ble intencón:

—Señor, rendí la fortaleza,
podéis contar que es vuestra
la paloma,
y yo puedo contar
con mi cabeza.

—¿Y cómo te has valido...?

—Que os bese mi promesa,
pues el fin y no el medio
es lo que os interesa.

Mas, decidme, señor:

¿cómo retribuiréis

mi lograda labor?

—Entiando, buena pieza.

que ya te doy bastante
dándote en cabeza,

Cuando el bufón dejó al conde, tomó de ma-
nos a boca con el gordísimo Floridor, a quien
se da cuenta, miró en la frente. Floridor
detiene

—A ti que pareces
un jugador discreto,
quisiera confarte un gran secreto.
—Una respuesta os daré al instante.
—El amor que busca Violante,

te confieso,
que no sé si es ideal
ni es de carne y hueso...

—¿Tú qué dices?
¿Estará muy distante
o lo tendré delante
de mis propias narices?

—Yo creo que está en camino...
y se parece mucho
al conde Giano.

—Me confío a mi suerte,
pues, al menos, no dudo
que ese amor será mudo
como la misma muerte!

—Lo mejor es callar,
señor y amigo,
guardando las espaldas
del castigo.

—¿Las espaldas? Te digo
con franqueza,
que donde duelen en verdad los golpes
es sobre la cabeza.

Un momento después, Floridor se halla con
su esposa a quien confiesa sus temores:



—¡El momento llegó!
¡Tan pronto!

—Escucha, esposa mía,
hoy tengo un mal presentimiento...

—¡Rechad de sí la desazón
y en vuestra esposa confiaros.
Habla mi corazón
que ya está a punto de adoraros.

—¡Oh, esposa mía!
¡Hoy Floridor
resiente de alegría!

VI

Amesetrando estaba Violante qués palomas
a quienes daba de comer en su misma mano,
cuando de detrás de una columna le salió al
paso el afortunado bufón. Ella le miró con altí-
simo desprecio y le preguntó:

—¿Quién eres?... No recuerdo.

¡Ah!... Sí... Diviértete, bufón.

—¡Sois fúgil de memoria,
mas yo no he olvidado
que del brazo de vos
entré en la gloria!

—¿Intentarás ponerme
en el aprieto
de darme el rondo atezacada
por el dogal de tu secreto?

¿Creste haber vencido
y ser mi dueño
sin pensar, infeliz, que todo ha sido
un vaporoso sueño?

—Me creí vencedor en la contienda,
y os prometí, insensato, a mi señor,
que mi preciosa vida
tiene en prenda.

¡Oh, princesa Violante,
de rodillas reclamo
que me miréis sin odio un solo instante,
y moriré para olvidar que os amo!

—Vete, bufón, y olvida que esta noche...

—¡Sois harto cruel, señora!

¡Jamás hice yo el daño
que vos me hacéis ahora!

—¡Vete en malhora!

—¡Te tengo encadenada
y he de llevarte al conde,
por mi secreto preso
y arrastrada!



—Prepárate a mallo,
hombre perseguido.

—Lo dudo, y no te asombre:
como bufón acaso me vendieras,
pero como hombre, no...
¡Y vo te he hecho hombre!
Quiero verte morir sumiso, quieto...
llevándote a la tumba
tu secreto.

—¡Oh, no!... La vida es un tesoro.
¿Quién habla de la muerte?
¡En orgías he de gastar el oro
que sacaré en venderte!

—Cuenta
que no daré lugar
a esa infamante venta...
Que en uso de un derecho soberano,
por mi libre albedrío,
me entregaré yo misma
al conde Giano.
—Eso no, eso no; tal no harás!
—¡Ves como te rebelas?
¡Por eso callarás!

Y en aquel corazón humano entablan una lucha de pasiones el hombre y el bufón.

Transcurren las horas prefijadas por Giano, el infante conde; y, árbitro de la vida y de la muerte de sus súbditos, esclavos del feudal, hace encerrar al bufón en lóbrego calabozo, donde espera tristemente su hora postrera.

Y cuando el conde penetra en el silencio donde yace el desgraciado juglar, para anunciar a éste su fin próximo, el condenado, con la cabeza enhiesta, dice así a su señor:

—Ahora el bufón no existe.
Soy un hombre cabal,
más que tú... Ya lo viste
En la comedia de la vida,
se ha trocado la acción...

Y me río de ti,
porque eres tú el bufón.
Esta pasión insana ha de perderte.
¡Tú caes en la abyección lleno de vida,
mientras yo me redimo de la muerte!

Floridor, al enterarse de la triste suerte del bufón, pide inútilmente gracia al conde Giano.



*Y ahora, con firmeza,
que el lucha siegue
de un soberbio tajo
tan villana cabeza.*

no. Al ver que no es atendido su ruego, va a ver a su esposa.

—Princesa, es horroroso;
va a ser decapitado
aquel bufón tan listo
y tan gracioso.

Cree el conde Giano que la princesa le impetrará gracia para el reo y él se aprovechará imponiendo la única condición admisible, a saber: el amor de la princesa.

Giano pregunta a Violante:

—¿No podéis nada?
¿Le dejaréis morir en el cadalso?

—Vacio, dudo, pienso, —
contestó Violante. —

¿No es vuestro amor por mí
heroicamente inmenso?

—¿Podiera convencerme
una sola razón:
que os abrierais el pecho
con mi daga

para enseñarme el corazón!

—El sacrificio del bufón
será un abismo infranqueable
a vuestra hora pretensión.

—¿Vos amáis al bufón?

—¡Sí!... El me hizo sentir
la delicia suprema
de sentirme mujer.

—¿El bufón?... ¿El bufón?

Soy capaz de ordenar a mis vasallos
que te pongan desnuda sobre el suelo
para servir de alfombra a mis caballos.

—Conde, para matar,
no hace falta ser héroe.
Lo heroico es despreciar.
Renunciad, pues a mí.

y salvad al bufón.

seréis más digno así.

—¡No puedo!... ¡Es imposible!

—¡Sed fuerte
y procurad salvarlo de la muerte.

—¿Pero dais de barato
que ese bufón inundo
quiere morir así
por seros grato?

—Para alcanzar el codiciado lirio
él desgarró sus pies en los abrojos,
y es capaz de morir en el martirio
por elevarse más ante mis ojos.

¿Qué decidís al fin?

—Como prueba mejor,
intento demostraros con presteza
vuestro sensible error.

VII

Parecía que el conde Giano no se inclinaba a perdonar al desventurado bufón. Sin embargo, llamó al ejecutor de la justicia, un verdugo de faz repugnante, y le dió órdenes secretas que hicieron sonreír a éste.

Floridos, vivamente emocionado, fué de nuevo a pedir clemencia para el desgraciado jugador. Giano le contestó:

—No quiero que sufráis,
huésped amigo.

Sabed que el truhán, sólo
va a llevarse un gran susto
por castigo.

A las doce de aquel día debía ejecutarse la sentencia en el gran zaguán del castillo; el patíbulo estaba ya dispuesto, y sobre él, el tajo.

Momentos antes de la hora señalada, los esbirros del conde, juntamente con éste, fueron al calabozo donde estaba encerrado el bufón. Giano le avisó con estas poco consoladoras palabras:

— ¡Prepárate a morir, hombre perverso!

Y el preso contestó con entereza:

— ¡No me importa, que para arrepentirme ya tuve suficiente con un soplo de vida solamente!

Y si Dios decretare prolongar mi existencia, la emplearía en el bien haciendo penitencia.

Desatáronle las cadenas y, con gran acompañamiento de soldados, le condujeron al zaguán donde preparado habían el cadalso. El bufón llevaba amarradas las manos a la espalda.

Con la cabeza bien alta y con gran entereza, subió al patíbulo, donde al lado del tajo esperaba el verdugo con el hacha en la mano.

En aquel momento, apareció en la escalinata que al zaguán conducía, la arrogante figura de la princesa Violante, pálida, desencajada.

Dirigió la princesa una mirada de odio al conde Giano y luego puso sus ojos compasivos,

lastimosos, en el reo, que también miró a Violante como despidiéndose de ella. Aquella mirada parecía significar: «Violante, por ti muere el bufón a quien has elevado a la cato».



Y derrama sobre su cuerpo las flores que para él acababa de recoger.

goría de hombre, y que te ha enseñado a amar al Amor.

El bufón se arrodilló y cerró sus pupilas, despidiéndose de la luz de la vida.

El conde Giano ordenó:

— ¡Le hacéis sentir primero.

esa helada caricia que la muerte
sabe hacer con el filo del acero!

El verdugo acarició la mejilla del ajusticiado
con el filo del hacha. Un estremecimiento de
muerte recorrió el cuerpo del pobre bufón.

Y prosiguió el conde con voz firme:

—¡Y ahora, con firmeza,
que el hacha siégue
de un soberbio tajo
tan villana cabeza!

El verdugo levantó el hacha. Violante se
tapó la faz con las manos. Sonreía el repug-
nante ejecutor de la justicia con el arma en
alto. Se abatió el hacha sobre el cuello del
bufón; pero antes de tocarle retuvo el verdu-
go el golpe y no hizo más que tocarle la piel,
sin hacerle el menor daño.

Pero como si el golpe hubiese sido mortal, el
bufón desplomóse, rodando por el suelo.

Los asbirros, que estaban al corriente de las
órdenes del conde, reñen. La princesa, cuando
abrió los ojos y vió el cuerpo exánime de aquel
hombre que le había hecho sentir lo que era el
amor, tuvo que apoyarse en el pasamanos de
la escalera.

El conde, convencido de que no se le había
hecho ningún mal, ordenó:

—¿Me escuchas, gran farsante?
¡Ya te puedes alzar
y seguir adelante
con tu mísera vida de jugar!

El bufón no se mueve. El verdugo se arro-

dilla ante él, le ausculta y exclama con es-
panto:

—¡Su corazón no late!
¡Ha muerto!



— *En el amor el amor,
el fin mi gloria!*
Y para mí ¡oh, Señor!
lo sigo siendo tu memoria.

Terrible sensación causa esta fatal noticia
entre los asistentes: el conde Giano está vivi-
do; Violante, dedica unas lágrimas a aquel
hombre singular, su amor perdido; Floridor,

espantado, se acerca al cadáver y con acento suplicante clama:

—¡ Señor muerto, yo juro,
por la cruz de mi espada,
que Floridor, el gordo,
no es culpable de nada!

Y el bufón se había despedido de la vida, usando de los procedimientos en él ya viejos: cuando todos querían engañarle, él ha engañado a todos.

Y mientras los servidores trasladaban el cadáver al extremo de uno de los corredores para depositarlo encima de un arca, esperando la hora del entierro, el conde Giano se acercó a Violante y le dijo con sarcasmo:

—¿ Creáis que era un hombre?
¡ Pues ha muerto de miedo!

Sin contestar, Violante desprecó al conde, volviéndole la espalda.

VIII

Obscurecía. Y para que todo, aquel día, fuese lóbrego, negros nubarrones impedían asomarse al astro de la noche, desde su elevado asiento.

Un viento silboso gemía entre las rendijas de los vetustos ventanales.

Una mujer deambula por el frondoso parque.

Es Violante que va cortando las flores más lindas con las que forma un inmenso ramo. Con él se dirige al castillo.

El corredor, en cuyo extremo habían depositado el cadáver del bufón, está desierto. La hermosa princesa se dirige con paso firme hacia él. Se acerca al difunto bufón y derrama sobre su cuerpo las flores que para él acababa de recoger.

Violante elevó al cielo una oración por el descanso eterno de su malogrado amor, y después de regar el rostro amarillento del juglar con sus lágrimas, retiróse triste y abatida.

Apenas la princesa había vuelto la espalda al cadáver del bufón, éste abrió los ojos y se dio perfecta cuenta de que Violante le acababa de cubrir de flores.

La impresión terrible que le produjera el macabro simulacro del cadalso, le había producido una epilepsia, parándole las palpitaciones del corazón; por cuyo motivo todos creyeron en su muerte.

Ahora volvía en sí. ¡ Oh!... ¡ Violante le amaba! Recogió las flores que encima tenía, hizo un ramo y lo apretó contra su corazón.

En aquel momento, el grueso Floridor llegó a pasar cerca de allí y al mirar al difunto y ver que se movía, echó a correr encomendándose a todos los santos.

La princesa acababa de penetrar en su dormitorio. Tras ella, entró el enamorado conde Giano, sonriente, acariciador.

Violante, escuchándose tras un sillón, le atajó, diciéndole:

— Jamás conseguirás
de mí ni una mirada

de amor... ¡Os aborrezco,
alma cruel y despiadada!
—¡El bufón ya murió!
—¡En él amé al Amor,
él fué mi gloria!
Y para mí, ¡oh, Señor,
le sigue siendo su memoria.

Quiso el conde abrazar a la princesa; pero una puerta se abrió y apareció en el marco de ella la efígie del bufón, abrazando contra su pecho un ramo de flores. Guano, espantado, retrocedió dos pasos y con la faz amedrentada, preguntó:

—¿Pero es que vives, di,
para mi daño?
¿O es que aun muerto el bufón
prepara un nuevo engaño?

El juglar avanza unos pasos, y poniendo en sus palabras un tono lúgubre para espantar al conde, replica:

—¡Amo mío, está cierto:
yo soy la sombra del bufón
que para siempre ha muerto!
¡Mas vengo de la Nada
con la ofrenda mejor
para haceros florida y perfumada
vuestra noche de amor!

Y hacia el conde avanza, haciéndole ofrenda de las flores. El conde, espantado, quiso huir; mas fáltóle el aliento a causa del terrible susto y cayó sin sentido.

Al verse a solas con Violante, el bufón se le

acercó y, con voz meliflua y rostro sonriente, le dice:

—¡Nada temas, amada Violante, vivo para tu bien y mi ventura!... Y ahora que sé que me amas, vengo a proponerte que nos vayamos en pos de la dicha que anhelamos.



*—Si es un lugar donde el amor anida,
vale más una ruina que un palacio.*

—¡Oh, mi amor ideal hallé en ti, juglar,
huyamos, huyamos!...

La sirvienta de la princesa cubrió a ésta con su capa, en la que se envolvió.

Un instante más tarde, una pareja salía del

castillo del conde Giano: eran el bufón y la princesa que amaba al Amor.

Iban en pos de la felicidad en alas del Amor, convencidos de que para ser felices no se precisa fastuosidad ni riquezas, pues como muy bien ha dicho Dante en «La Divina Comedia»:

Si es un lugar donde el amor ruidaba
vale más una choza que un palacio.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

1	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford
2	Lorna Doone	Charles Chaplin
3	Cuidado con la curval	Lil Dagover
4	El León de Venecia (2.ª edición)	Mogda Ballamy
5	Eneneho	A. Rounne
6	Sherlock Holmes	Dorothy Phillips
7	Las esposas de los pobres	Barbara La Marr
8	El Signo del Zorro (4.ª edición)	Douglas Fairbanks
9	Luisa Miller	Ramón Navarro
10	Flor de Fuego (2.ª edición)	Frank Mayo
11	Las dos niñas de París (4.ª ed.)	Mary y Douglas
12	Rescatando la honra (2.ª ed.)	Tom Mix
13	La hija del fuego (2.ª edición)	Ferla Blanca
14	Nathan el sabio	Sandra y Hermann
15	La Huerfana (4.ª edición)	Dorothy Gish
16	Charita May	Bessie Love
17	Perdida y encontrada (2.ª ed.)	Antonio Moreno
18	El alma de Oscar	Colleen Landis
19	El Botones n.º 13	Douglas Mac Lean

20	Mandrá, cruzillo de leyenda	Remond Jendel	25*
21	El velo de la dicha	Claire Windsor	25*
22	Nellie, la bella modelo	Mae Murray	25*
23	Como aman los hombres	Barbara La Marr	25*
24	El Ladrón de Bagdad (3.ª edición)	Lyn Mara	25*
25	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc	25*
26	Montmarite	Fela Nigri	25*
27	El Caballero de la Pesadilla	Ivan Maynekins	25*
28	El regreso de Cyclone Smith	Eddie Polo	25*
29	Dorothy Vernon (3.ª edición)	Mary Pickford	25*
30	La Ley de la Hospitalidad	Buster K. (Pamplinas)	25*
31	Viva el Rey	F. Cogan (Chiquillín)	25*
32	Locuras de juventud	Mia May	25*
33	Historia de un dólar	Tom Morris	25*
34	¡Velarás por tu hijo!	André Kalina	25*
35	El huido de los piratas (2.ª ed.)	Ferla Blanca	25*
36	Amor que vende al amor	Betty Compson	25*
37	Los tres mosqueteros (2.ª edición)	Douglas Fairbanks	25*
38	Tony	Shirley Mason	25*
39	El Camino del amor	Rodolfo Valentino	25*
40	Vida de los artistas de cine	Wallace Reid	25*
41	Oriente	Facchini	25*
42	El isleño de las perlas	Jean Tolley	25*
43	El pez dorado	Constance Talmadge	25*
44	La gitana blanca	Raguel Miller	25*
45	La ingenua	Hella Moja	25*
46	El Nueva York de antaño	Marion Davies	25*
47	La venganza de Crimilda	Mary Mac Laren	25*
48	Los hijos de los hombres pobres	Mary Alden	25*
49	El casamiento de media noche	Katherine Mac Donald	25*
50	El caballero valiente	Dorothy Mackaill	25*
51	La Mujer Inmortal	George Walsh	25*
52	Mónica	Francis Dillon	25*
53	La modistilla	Pat O. Malley	25*
54	La novia del legionario	Marguerite Rosky	25*
55	Con el amor no se juega	Lysiane Bernhardt	25*
56	El Rey sin reino	Renee Harbel	25*
57	Grandeza de Hamildes	Marie Prevost	25*
58	Madre Adorada	Rachel Devirys	25*
59	El Santuario del amor perdido	Sidney Chaplin	25*
60	El Chico	Lyn de Putti	25*

72	La Linda Rubin	<i>Elena Mahenska</i>	251
73	La Llama del genio	<i>Hapt Hompton</i>	251
74	Judea	<i>Rene Navarre</i>	251
75	Nueva Misión de Judex	<i>Georges Biscot</i>	251
76	El mimado de la abuela	<i>(El)</i>	251
77	Yo pecador	<i>Lewis Stone</i>	251
78	Bajo la máscara	<i>(Cayena)</i>	251
79	La rosa de Italia	<i>Baby Peggy</i>	251
80	Por el recuerdo de un beso	<i>Betty Blythe</i>	251
81	Tusca	<i>Francesca Bertini</i>	251
83	El rey de los corsarios	<i>Alana d'Albajan</i>	251
84	La culpable	<i>Régine Bonet</i>	251
85	En alas de la gloria	<i>Bébé Daniels</i>	251
86	El navegante	<i>Anita Stewart</i>	251
87	Avarecia	<i>Reberly Bayne</i>	251
89	Los ángeles del hogar	<i>Monte Blue</i>	251
90	La dama de la noche	<i>Norma Shearer</i>	251
91	El árbitro de la elegancia	<i>Virginia Valli</i>	251
92	¡Que siga la danza!	<i>George O'Brien</i>	251
94	Bartera infanquitable	<i>Gladys Walton</i>	251
95	Segunda juventud	<i>Conrad Nagel</i>	251
96	Los peligros del flirt	<i>Natalie Kovento</i>	251
97	Dick Turpin	<i>Tulia Carminal</i>	251
99	Su hora	<i>Jack Duffy</i>	251
101	En el último peñón	<i>Rene Adoré</i>	251
102	La enqueta casada	<i>Holmes Herbert</i>	251
103	La mujer comprada	<i>Helena d'Algy</i>	251
106	El trapero (extraordinario)	<i>John Gilbert</i>	251
105	El amorón manda	<i>Alice Joyce</i>	251
106	Compañera te doy	<i>Lon Chaney</i>	251
107	Por mandato de su hijo	<i>Gertrude Farnsted</i>	251
108	La boda de Rosina	<i>Wallace Berry</i>	251
109	El secreto de familia	<i>Pauline Frederick</i>	251
110	Entre locos anda el juego	<i>Rod La Rocque</i>	251
111	El pecador errante	<i>Faustine Logan</i>	251
113	La calle de las risas y las lágrimas	<i>Mme. Robinson</i>	251
114	Los huérfanos de la aldea	<i>Walter Hays</i>	251
115	¡Divorciónmona!	<i>Loana Logante</i>	251
116	El Espectro de Oriente	<i>F. Warren Kerrigan</i>	251
117	La Tierra en llamas	<i>Majorie Hume</i>	251
118	Maciste en los infiernos	<i>Adolfo Menjou</i>	251

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1. **El templo de Venus**, por Mary Chilton.
 Núm. 2. **La tierra prometida**, por Raquet Meller, Tina Meller y Andrés Rosanna.
 Núm. 3. **Sacrificio**, por Fay Compton y Stewart Brune.
 Núm. 4. **En las garras de la duda o el calvario de una esposa**, por Leda Cigs y Alberto Capuzzi.
 Núm. 5. **Ruperto de Hentzau** segunda época de **El prisionero de Zenda**, por E. Hamme-sen, Claire Windsor, Lew Cody y Bert Lytell.
 Núm. 6. **El tren de la muerte**, por Cogen y Edith Roberts.
 Núm. 7. **La esposa comprada**, Alice Terry y Conway Terry.
 Núm. 8. **El juramento de Lagardère**, por Claude France y Gaston Jacquet.
 Núm. 9. **Buda, el profeta de Asia**, por Himansa Rai y Seta Duen.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas
 La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 cént.